

3. Investigación, publicación y difusión en filosofía

Coordinación: Celina A. Lértora Mendoza

La “investigación” filosófica es muy reciente en comparación con la milenaria historia de la filosofía. Estrictamente se ha consolidado como una categoría específica de producción filosófica en la segunda mitad del siglo pasado. El modelo tomado fue el ya estandarizado para la investigación científica en Ciencias Sociales y Humanidades. Esta situación plantea al menos dos problemas: en primer lugar, que en esta categoría no sólo se incluye a la filosofía con otras disciplinas “científicas” bastante heterogéneas, sino que la misma caracterización de “ciencia” pasa por alto una secular discusión precisamente acerca de su distinción, que se remonta hasta el siglo XVI, por lo menos. En segundo lugar, que el mismo heteróclito conjunto recibe su calificación de “científico” en la medida que se adecue a los estándares de las otras ciencias, llamadas “duras”. Lo más que se logra es distinguir entre ciencias “duras” y “blandas” y admitir alguna legitimidad (casi siempre derivativa y claudicante) a los procedimientos no-duros de las blandas. Esto ha conducido, para bien o para mal, a una bifurcación entre “investigar filosofía” y “hacer filosofía” o sea en “filósofos” e “investigadores” de filosofía (a los que a veces se llama “expositores”), división que se suma a la ya clásica entre “profesor de filosofía” y “filósofo”. Es también un hecho que la mayoría de los que están *off* del sistema valorizan ser un “auténtico filósofo”, categoría acerca de la cual no se logra ni un mínimo consenso y que sugiere una inevitable y a veces inútil discusión de tipo ideológico. Ocurre que los “auténticos filósofos” son aquellos que defienden ardientemente ciertas tesis, y con igual ardor “refutan” las contrarias y viceversa. Los que están “en el sistema” llaman “ensayistas” a los “auténticos filósofos” con lo cual, como subproducto, aparece una minusvaloración del ensayismo, género proverbialmente valorado.

En cuanto a la publicación, se reproduce más o menos la situación anterior, agregando el interés editorial (sea privado, sea institucional) por privilegiar uno u otro género de escritos. La “reflexión filosófica” aparece como descripción en ambos ámbitos, pero significando textos bastante diversos. A estas alturas no sabemos bien qué significa “reflexionar” en filosofía

En cuanto a la difusión, diría que reproduce a la tercera potencia lo anterior: cada “investigador de filosofía” tiene la obligación laboral de leer todo lo que sus pares publican, de evaluarlos, de comentarlos y de invitarlos. Por lo tanto, es probable que no tenga tiempo para leer a los otros. Desde luego, ni pensar en citarlos. En situaciones en que el Academia Google y el impacto de citas determina cosas vitalmente importantes (*primum vivere, deinde philosophare*) tales como ingresar en una cátedra o un instituto, ascender en él, conseguir un subsidio, etc., dependen de cuál es la cuota de utilización “científica” de los escritos, surge la sospecha de que algo falla en la evaluación de la producción, lo que indica, en mi criterio, una falla en la producción misma y por ende, en toda la institucionalización del cultivo de la filosofía.

Preguntas disparadoras de discusión

¿La filosofía gana o pierde con su inserción en un sistema de ciencia y tecnología?

¿La profesionalización filosófica (vivir de la filosofía) es un *desideratum*?

¿Tiene futuro esta forma de producir filosofía?

¿Cuál sería el perfil de la filosofía en un futuro cercano?

¿Quién pagaría la producción filosófica en un mundo en que la producción científica (dentro de la cual se coloca a la filosofía) depende -cada vez más- de la demanda y de que los sectores interesados (y no el “Estado”, en trance de desaparición) la paguen?